





FRANCISCO AYALA

DULCES RECUERDOS

nº 2

Colección *Espada de Luz*
SERIE LITERATURA

Directores
Antonio Chicharro y Cristóbal López Silgo

© *Del texto*: Francisco Ayala

© *De las ilustraciones*: Julio Juste

Edición no venal

Editan: Asociación de Padres de Alumnos "Torres Bermejas"
Instituto "Alhambra" de Granada

Depósito legal: Gr-135/98

Imprime: La Gráfica, S.C.And.
c/ Ricardo del Arco, 4 y Ziríes, 1.
18005 Granada

PRESENTACIÓN

La presente edición de Dulces Recuerdos, cuento escrito en 1987 por Francisco Ayala, reproduce el texto incluido bajo dicho título en Narrativa Completa (Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 1.267-1.273), monumental edición de sus escritos de invención imaginaria producidos hasta ese momento a lo largo de toda su vida creadora.

La Asociación de Padres de Alumnos “Torres Bermejas” y el Instituto “Alhambra” de Granada agradecen al autor granadino, Premio Cervantes y miembro de la Real Academia Española, la desinteresada autorización a publicar no venalmente esta pequeña pieza literaria magistral, de tanta transparencia verbal como de difícil facilidad, para uso cultural y disfrute estético de alumnos, profesores y padres. Asimismo, muestran su agradecimiento al pintor Julio Juste por las viñetas realizadas en exclusiva para la presente publicación.



En la época, tan remota ya, de mi niñez no había –y mucho menos en aquella pequeña capital de provincia donde nací– nada parecido a estos cementerios de animales, bellamente diseñados, primorosamente adornados y cuidadosamente mantenidos, que en muchas ciudades de todo el mundo dan hoy testimonio conmovedor de una delicadeza de sentimientos cultivada en el corazón de los hombres por el desarrollo de nuestra civilización actual. Cuando murió mi perro Barbián, a nadie se le hubiera pasado siquiera por las mientes en aquel entonces la mera posibilidad de proporcionarle digna sepultura, para no hablar de las exequias y honras fúnebres, obituarios y recordatorios que tan habituales han llegado a hacerse luego. Nada de eso. La verdad es que apenas consigo acordarme ahora de cómo dispondrían de su enorme cadáver, de qué demonios harían para quitárselo de encima. Quizá ni lo supe en su momento; quizá no quise enterarme, apesadumbrado como sin duda debía de estarlo con su fallecimiento, por más que, a la avanzada edad que ya había alcanzado el pobre Barbián, este trance, inevitable siempre, fuera recibido como un alivio para el mismo bicho y también –por qué no confesarlo– para todos nosotros en la casa, sin excluirme a mí.

Pues es lo cierto que Barbián había alcanzado la que, para su especie, podía bien considerarse una edad provecta; estaba ya en plena ancianidad. Mi tío Pepe, persona propensa a las observaciones y reflexiones propias de un espíritu filosófico aunque no sistemático, solía decirme moviendo la cabeza: «Fíjate, Ricardito; este perro tuyo, ahí donde lo ves, tiene tus mismos años. Cuando tú andabas a gatas, él era un cachorrito juguetero; pero ahora, mientras que tú sigues siendo todavía un chiquillo, él ha llegado a ser lo que se dice un viejo caduco, que no puede moverse». Y tenía razón el tío Pepe. Con los años, Barbián se había puesto gordísimo, asmático, jadeaba, echaba babas, en fin, que daba pena verlo tirado todo el santo día en un rincón o estorbando el paso de la gente, pues era un tremendo perrazo, y estaba pesadísimo, medio atontado, casi ciego, ni despierto ni dormido, que al final aquello no era ya vida. Aguantábamos las molestias, qué hacerle. Esa calamidad, esa carga inconveniente, había sido un perro muy hermoso y muy bondadoso, un animal magnífico. En una fotografía que, cuando yo era chiquito, con sólo tres o cuatro años, nos habían sacado juntos al perro y a mí, Barbián, sentado al lado mío, tan gracioso, abultaba más que yo. Barbián era mi perro. Inseparables. Éramos inseparables desde la cuna.

Siempre había oído ponderar la paciencia con que el buenazo de Barbián soportaba —él, temido de extraños y respetado de los mayores en casa— las inocentes barbaridades a que lo sometía yo, permitiéndome que le tirase de sus largas orejas peludas, le metiera los dedos por los ojos o me montara encima de su lomo, y sustrayéndose a lo sumo de mis abusivas caricias cuando ya no podía más «Nene, deja en paz a ese animalito

–me decían–, que algún día se cansa y va a morderte, y no sería sin motivo. No podrás quejarte entonces». Pero yo, en mi inconsciencia infantil, muy seguro debía de estar sin embargo de que a mí Barbián no iba a hacerme nada, de que lo toleraría todo de mí. «¡Cuánto no ha tenido que sufrir de tus manos ese pobre bicho! –me repetía el tío Pepe–. ¡Las judiadas que le hacías al infeliz!» Barbián me seguía como una sombra por las habitaciones, se estaba conmigo tranquilo mientras estudiaba en mi cuarto las lecciones, y cuando salía a la calle, si no podía llevármelo, esperaba mi regreso sentado a la puerta.

La nuestra era una casa bastante grande; era todavía «la casa del abuelo», donde vivían con nosotros dos de mis tías, solteras, y el tío Pepe, de quien se decía, entre bromas que él tomaba con buena gracia, que también iba ya para solterón, mientras que en cambio a sus hermanas cualquier alusión imprudente a la soltería les hacía poner cara de vinagre. A las horas de comida solía reunirse la familia, aunque no todos siempre. Por lo demás cada cual estaba absorbido por sus propias tareas, sus peculiares preocupaciones; y las de mis padres –fueran las que fuesen, ¿qué podía saber yo?– les mantenían un poco aparte, y con frecuencia malhumorados o tristes. A mí nadie me hacía mucho caso; según creía yo, sólo el tío Pepe me tomaba en serio.

Quizá esta impresión estuviera falseada por la perspectiva infantil. A la distancia de hoy, pienso que si el tío Pepe me trataba con afectuosa simpatía mostrándose interesado en mis cosas no sería quizá por una especial predilección hacia mí, sino porque así era su carácter: afable, alegre y contento consigo mismo. Al considerarlo retrospectivamente me parece

entender que se le reconocía dentro de la familia algo como una posición preeminente, reflejo de la que fuera de ella, en la ciudad, había alcanzado, o estaba alcanzando desde edad tan joven. El tío Pepe era abogado, y ejercía con prestigio su profesión. Ganaba buen dinerito –se comentaba– y más ganaría –le reprochaban sus hermanas– si no dispensara con tan generosa ligereza del pago de sus minutas a los amigos y a quienes, sin serlo, no pudieran afrontar ese pago. En cuanto a mi, si no lograba algo de mis padres, le tomaba a él de intermediario, y casi siempre obtenía lo deseado, o si era cosa que estuviera en su mano, él mismo me la procuraba.

Yo le quería mucho a mi tío Pepe; casi tanto como a mi Barbián, que ya es decir, pues Barbián era sin duda mi mejor amigo, el amigo con quien yo más me entendía, aun sin hablar. Un buen amigo es, no sólo quien te ayuda en lo que puede, sino quien es capaz de aceptar por ti cualquier sacrificio. Barbián era de éstos: me acompañaba, me escuchaba, me entendía, me obedecía, y llegado el momento, no vacilaba en dedicarme una total y absoluta abnegación. Podría referir aquí varios ejemplos notables de tan conmovedora conducta, pero me reduciré a un caso que la pone muy de relieve. Lo ocurrido en aquella ocasión ha sido un secreto entre él y yo, un secreto que el pobre Barbián se llevaría a la tumba consigo, y que yo había venido guardando para mí solo hasta ahora que me dispongo a revelarlo, cuando ya no queda nadie a quien pudiera importarle ni yo temo tampoco presentarme a una luz desfavorable confesando glotonería y golosina que, al fin y al cabo, son pecados disculpables en el niño que era yo por entonces.

Fue un día de San José. En mi ciudad natal, como en España entera, abundan y sobreabundan los Pepes y las Pepas, cuyo santo se celebra con felicitaciones de parientes y amigos en fiestas caseras donde –la verdad sea dicha– no constituían aliciente menor los vinos generosos y los dulces tan preciados y tradicionalmente famosos de la región. Esos dulces eran, por lo demás, recurso obligado al que se acudía para obsequiar en las fiestas. La costumbre requería que se encargase al confitero de enviar una bandeja más o menos suntuosa de sus productos a quien por razones de necesidad, conveniencia o simple agrado se le quería rendir un testimonio de afecto, de consideración o de gratitud y reconocimiento por favores recibidos. Excusado es decirlo: a casa llegaban el 19 de marzo de cada año, con destino al tío Pepe, bandejas de tales confituras, artísticamente arregladas sobre papeles de calado festón, con la tarjeta de clientes suyos, antiguos y nuevos. Bueno hubiera sido –se comentaba luego en familia– poder transferir algunas de ellas a otras amistades; y de todas maneras había que remitir al día siguiente lo que sobraba a personas que pudieran consumirlo, pues era demasiado para la gente de nuestra familia. Nuestra familia se reunía después del almuerzo para recibir las visitas, «de confianza» unas, y otras «de cumplido», bastante numerosas en conjunto, que acudían pronto para felicitar «al señor de los días», «al joven y brillante letrado», en fin a mi tío Pepe. Y mis tías, cuya vida social era más bien escasa a lo largo del invierno, solían poner grandes expectativas en esta muy celebrada fiesta doméstica a la que concurrían siempre los amigos y conocidos de su hermano, pues ¿quién sabe?; nunca se sabe; porque si no hay oportunidad de ver y hablar con nadie...

Era norma entendida que en el curso de estas reuniones los niños nada tenían que hacer, o —en otras palabras— que estorbaban. Cuando las visitas se hubieran marchado, entonces podría yo... Pero, por lo pronto me mandaban a jugar a otra parte; y yo, con gran fastidio, tenía que procurarme como pudiera cualquier melancólico entretenimiento en la sola compañía del infalible Barbián.

Aquel 19 de marzo, día de San José bendito al que me refiero, había estado presenciando desde el patio de la casa el desfile de bandejas que traían de la confitería, y cómo una de las criadas las recibía de manos de los repartidores y se las llevaba para dentro, a la espera de que fueran sirviendo de ellas a las sucesivas tandas de invitados que no tardarían en llegar. Sentado en un poyo de piedra junto al aljibe, con los codos sobre las rodillas y las mejillas entre los puños, me sentía yo aburrido y mohíno, excluido, olvidado, humillado; pero sobre todo aburrido. Miraba a Barbián, y Barbián me miraba a mí sin quitarme los ojos de encima. Así rato y rato. Hasta que, de repente, me alcé del poyo y le dije: «¡Vamos, Barbián; andando!».

El perro, adivinándome sin duda las intenciones, me siguió con alegría. Subimos las escaleras sigilosamente, y nos dirigimos a la habitación donde yo sabía que debían colocar los dulces.

Nadie nos vio entrar. Recuerdo que, al transponer la puerta, mi decisión, mi aplomo, me abandonaron de pronto; que de pronto me sentí un poco azorado y casi temblando. Pero me sobrepuse en seguida ante el espectáculo de aquella gran mesa toda llena de las más apetitosas golosinas. Nadie nos había visto entrar. Ahí, los pasteles de crema, las yemas escarchadas, los

biscochuelos de chocolate, las bambas reventando de nata, los palillos acaramelados, el almendrado delicioso, los bocaditos tostados, el tocino de cielo y tantas otras confituras cuyo nombre no sabía, cuyo sabor adivinaba tan sólo, pero ante cuyo aspecto se me hacía la boca agua, cubrían el largo tablero de la mesa sin dejar espacio vacío. Parado yo al extremo, me mantenía inmóvil, como fascinado; y junto a mí, tampoco Barbián se movía, observándome con fija atención.

Nadie nos había visto entrar. Hasta mi oído alerta llegaban las conversaciones animadas y confusas de la sala, risas, exclamaciones. Seguramente los mayores, despreocupados, estarían disfrutando de su convite, y cada vez que acabaran con el contenido de una fuente los sirvientes acudirían para reponerla con toda diligencia. A mí, ahora ya, no me preocupaba nada; estaba tan tranquilo. Tendí por fin una mano hacia la mesa, y por un momento la detuve en el aire mientras elegía con la mirada, a ver qué me apetecía más; y tras de breve vacilación, tomé entre mis dedos un pastelillo relleno de una muy delicada crema. Me pareció riquísimo. Lo saboreé despacito, y antes de haberlo terminado ya tenía elegido el que habría de seguirle. Al principio había pensado contentarme con uno o dos, pero ahora estaba resuelto a darme el gusto y saciar mi apetito sin privarme de nada. Si me descubrían, pues ¡bueno! ¡que me descubrieran! ¿Qué podía pasarme, después de todo?

Así, uno tras otro, me metí en el cuerpo no sé cuántos de aquellos sabrosos dulces. Ya iba por el tercero o cuarto cuando, dándome cuenta de que el pobre Barbián estaba mirándome con ojos lastimeros, empecé a compartir con él el festín. Desde ese momento, de cada nuevo dulce que cogía, me comía yo

la mitad y le echaba a él la otra mitad, que sabía alcanzar en el aire y tragaba con presteza admirable, moviendo el rabo en señal de beata gratitud. Si algún manjar alzado del abundante altar no me complacía al probarlo tanto como de su apariencia me había prometido, se lo pasaba casi entero al perro, que lo engullía de un solo bocado: Barbián, a nada le hacía ascos.

Y, como es natural, cada vez eran menos los dulces que respondían plenamente a las seductoras promesas de su aspecto; eran más cada vez lo que, tras de haberlos probado yo con aprensión, iban a perderse casi íntegros en las fauces de mi cómplice. Hasta llegar a un punto en que, de veras, ya apenas podía seguir adelante con mi hartazgo. En el fondo de mi ánimo hube de reconocer entonces la razón de esa frase que tantas veces había debido escuchar como irritante reproche cuando acaso me dejaba algo en el plato: «Este niño glotón, es que come con los ojos». Cierto; comía con los ojos. Veía un pastelillo apetitoso y no demasiado grande, e intentaba comérmelo, pero no podía con él; ya no podía más. Levantaba la pieza, le daba un mordisquito, lo lamía por encima, y se lo echaba al perro, que —él sí— lo devoraba al instante. Mi servicial amigo aceptaba de buena gana todo aquello que, aun ensalivado y medio masticado por mí, no había sido yo capaz de deglutir: para Barbián, cualquier cosa era de recibo.

¡Pobre Barbián mío, viejo compañero de andanzas! Tú fuiste, no hay duda, mi mejor amigo, el único que me daba entera confianza, el único con quien yo me encontraba a mis anchas. Sí, es después de su muerte cuando habría de reconocer yo que me había quedado definitivamente solo, en soledad completa y sin remedio, ya para siempre. En

aquellos momentos, en aquel lejano día de San José como en tantas otras ocasiones, tú estuviste a mi lado; tú parecías comprender y compadecer mi angustia cuando, sin haberme decidido todavía a apartarme de la maldita mesa y salir de la habitación de mis pecados, empecé de repente a sentir náuseas, a sudar frío, a ver el piso moverse bajo mis pies, a apoyarme contra la pared, falto de aire y mareado; en fin, tú me seguiste en silencio cuando, con las piernas pesadas como el plomo, vacilante el paso, bajé las escaleras, y me apresuré, temeroso de no llegar a tiempo, hacia la letrina del jardín para devolver allí entre ansias de muerte la carga insoportable de mi exceso. Y cuando, aliviado ya, pero aún tembloroso, con la boca amarga y lágrimas en los ojos, fui luego a tenderme sobre una banqueta del patio pensando que, si bien nadie nos había sorprendido in fraganti, mi fechoría no podría dejar de ser descubierta, tú, mi fiel amigo, viniste a echarte al pie de la banqueta, en el suelo, cerca de mí para darme triste compañía.

No, desde luego que mi fechoría no podría dejar de descubrirse, por más que nadie nos hubiera visto entrar ni salir del sagrario donde se guardaban las bien provistas bandejas de regalo: el estrago que había hecho yo en ellas era demasiado grande, y ni siquiera tuve tiempo, ni ánimos, para intentar disimularlo espaciando y reagrupando los dulces restantes para evitar que se notaran tantísimos las faltas. ¿Qué pasaría cuando se hubieran dado cuenta? Lo más probable sería —especulaba yo— que mi tío Pepe alcanzara alguna indulgencia para mí en atención al santo del día; pero lo cierto es que en aquella hora de desolación y miseria todo me importaba muy poco. Claro

está que algo tenía que ocurrir; pero fuera lo que fuese, muy poco me importaba. Ya veríamos.

Y sin embargo, nada ocurrió: nadie me dijo nunca una sola palabra. ¿Sería posible que a pesar de todo no se hubiesen llegado a dar cuenta? Increíble parece, pero ¡quién sabe! Distráidos tal vez en la fiesta, excitados, cansados, ninguno debió de preocuparse por mí ni para bien ni para mal. Y ya al día siguiente... Pues castigar a los chicos por sus travesuras, y en frío, puede convertirse –eso, ahora lo sé– en obligación demasiado enojosa. O quizá fuera que la criada tuvo lástima de mí, y no me denunció. ¡Quién sabe! De cualquier modo, el caso es que no ocurrió nada. ¡Tanto mejor! El secreto quedaría así para siempre entre Barbián y yo. Hoy es sólo mío: el pobre Barbián se lo llevo consigo a la tumba.

Ahora, recordando ese tonto episodio de mi remota infancia, evoco a aquel perro mío tan querido, a aquel Barbián que muy pronto desapareció de mi vida porque la de los perros es más corta que la nuestra, y que dejó este mundo sin el duelo que tanto hubiera merecido. No se le dedicaron en su momento las honras fúnebres que después se ha hecho costumbre tributar a las bestezuelas que con justo título son consideradas miembros de la familia, ni tiene él una adornada sepultura con su nombre y epitafio grabados en la lápida, según es lo usual en los modernos cementerios de animales. En verdad, ni siquiera me enteré –ya lo he dicho– de cómo dispusieron de sus despojos mortales. Debo confesarlo: a las circunstancias de su muerte, ni yo mismo –o mejor, yo menos que nadie– presté la atención debida. Sírvame de disculpa, si disculpa cabe, el que cuando a él le llegó su hora estaba yo liado con los exámenes de fin de

curso, que no dejan pensar en ninguna otra cosa. Siempre está uno liado con algo; siempre hay alguna fastidiosa urgencia que impide hacer lo que se debe.

Pasó, pues, el tiempo, que no da respiro. Sin sentir se me ha pasado el tiempo de la vida. Corre y vuela la vida del hombre, menos breve que la del perro, pero así y todo ¡tan corta! Y cuando ya se acerca uno a esa edad caduca en que, como el pobre Barbián en sus postrimerías, sólo le resta ya esperar el término, tal vez acuden a ocupar su mente ociosa viejas memorias insignificantes y ridículas como esta historia mía del atracón goloso, para dejarle a uno con la incómoda sensación de haber permitido ingratamente que se desvanezca el pasado. Si se esfuerza uno entonces por atraparlo de nuevo y recuperarlo, comprobará con desolación que todos los testimonios se han perdido sin dejar huella. Ni tan siquiera se tiene idea de dónde habrá ido a parar aquella fotografía en que Barbián aparecía sentado junto a ese niño pequeñito que fui yo. ¡Me gustaría tanto haberla conservado, poder mirarla ahora!, pero... ¿Dónde habrá ido a parar? El perro Barbián era un ejemplar muy hermoso, con las orejas largas y peludas, y grandes manchas color canela oscuro sobre su piel blanca.



Esta edición, que consta de quinientos ejemplares, numerados a mano, de los que cincuenta lo son en números romanos y el resto en números arábigos, se acabó de imprimir en los talleres de La Gráfica, S. C. And. de Granada, el día 22 de febrero de 1998, fecha del LIX aniversario de la muerte de Antonio Machado en Collioure.

Ejemplar número:

